

es preciso reparar. En su tabernáculo, sobre su altar, en su mesa divina está *abandonado y ultrajado*. ¡Cuántos motivos de llorar para un buen Sacerdote!

PUNTO SEGUNDO.—*Lo que tengo que hacer para conformarme con el espíritu de la Iglesia al instituir esta fiesta.*—Aprovechar con celo la ocasión que se me ofrece para honrar á Jesucristo en la Eucaristía; contribuir á la pompa de su triunfo, alegrarme de los homenajes que recibe y esforzarme en reparar los ultrajes que se le hacen; instruir cuidadosamente á los fieles sobre el objeto de esta fiesta. Renovemos la resolución de tener más celo para honrar á tan gran Sacramento: *Tantum ergo Sacramentum veneremur cernui.*

MEDITACIÓN LXXXV

Preparación para la Santa Misa

- I. Cuán indispensable es.
- II. Jesús nos la enseña con su ejemplo.

PUNTO I

Necesidad de preparación al Divino Sacrificio

¿Puede un Sacerdote dudar de esto, por poco que conozca la excelencia del ministerio que desempeña en el altar? «Si es preciso confesar que no se realiza diariamente en la tierra ninguna obra tan santa, tan divina como este adorable Sacrificio, es evidente que se debe emplear todo el cuidado y la aplicación posible, para hacer esta acción con la más grande pureza de corazón y con la más perfecta piedad exterior (1). Es decir que es necesario prepararse para ella. Entrar bruscamente en este angélico ministerio, sin procurarse el tiempo de recoger su espíritu, ni de purificar su corazón, al punto de

(1) Conc. de Trento.

presentarse ante el trono de Dios en nombre y por los intereses de todas las criaturas, ¿no sería acaso cometer una gran irreverencia, trocar para nosotros en ocasión de pecado y de terrible castigo la más saludable y santificadora de nuestras funciones?

Nada hay para los sentidos en los misterios del sagrado altar. Si antes de comenzar su celebración, no despierto en mí aquella fe viva que disipa la nube, yo no tardaré en deshonrarlos por mi tibieza, y me expondré á la terrible desgracia de profanarlos. ¡Oh Sacerdotes! medita con frecuencia las palabras de un piadoso y sabio Cardenal, y penetraos de esas reflexiones.

Pauci sunt qui admirabiles hujus sacri convivii in se sentiant effectus, quia pauci sunt qui se ad illos recipiendos rite disponant, qui serio cogitent se ad Sancta sanctorum accedere, ad altare Dei, ad Deum ipsum. Ideo multi sunt infirmi et imbecilles, et dormiunt multi. Mortem olim summo sacerdoti minabatur Deus, si ausus fuisset introire in Sancta sanctorum sine strepitu tintinnabulorum, non radians gemmis, no fulgens auro, omnium virtutum varietate circumamictus: quam ergo pœnam merebitur novæ legi sacerdos, qui non ad arcam typicam, sed ad Deum ipsum accedit, ut Filium ejus Dominum Jesum Christum immolet, tangat, comedat, nisi id faciat ea sollicitudine, attentione, et apparatu, qui dignus sit tali convivio, dignus Deo? Instante itaque celebratione, totis viribus curare debet ut in ara cordis ignem divini amoris succendat actusque eliciat diversarum virtutum, qui heroici sint, et tanto sacrificio, quantum fieri poterit, convenientes (1). Es, pues, indispensable prepararse; pero ¿de qué manera?

PUNTO II

Jesucristo con su ejemplo nos enseña esta preparación

Toda la vida del Salvador fué una preparación á su inmolación sobre la Cruz; esta fué la ocupación continua de su espíritu y de su corazón: *Desiderio*

(1) Bona. *De miss. celebrat.* c. V.

desideravi..... A su ejemplo el buen Sacerdote hace de toda su vida una preparación para el elevado ministerio que desempeña en el altar. No sólo su breviario que tiene tan íntima relación con la misa, el examen de la noche, la oración de la mañana; sino todas sus acciones, buenas obras, mortificaciones, todo lo refiere á la misa y se sirve de todo como de medio para celebrarla dignamente. Sí, pensemos con frecuencia, pensemos habitualmente en la misa en especial al terminar el día. ¡Oh! cuánto bien hace al corazón el dormirse con este pensamiento: «*Mañana también me sentaré á la mesa del Gran Rey*» (1). Recojámoslo al despertarnos, alejando cualquiera otro pensamiento: *Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo* (2). Pero si queremos un verdadero modelo de preparación próxima, lo encontraremos en el Corazón de Jesucristo disponiéndose la víspera de su muerte á su doble inmolación mística sobre el Calvario: *Sciens Jesus quia omnia dedit ei Pater in manus, et quia a Deo exivit et ad Deum vadit, surgit a cena..... et cepit lavare pedes discipulorum.*

Jesús conoce el poder que su Padre le ha dado: *Omnia dedit ei Pater in manus.* Conoce su propia dignidad; Dios de Dios, es en todo igual á su Padre: *A Deo exivit.* No ignora ni la sublimidad de su misión, ni los grandes intereses que le están unidos: glorificar á Dios por la salvación del mundo; tal fué el fin de la Encarnación y de su vida; tal es el fin de su muerte: *Ad Deum vadit.* Vosotros igualmente, ¡oh Sacerdotes! cuando váis ya á subir al altar, pensad en la inmensidad del poder que váis á ejercer, en la infinita dignidad de la Persona á quien váis á representar, en la suprema importancia de los negocios que váis á tratar y entregaos á los sentimientos que estas consideraciones despertarán en vosotros.

1.º Y desde luego, ¿cuál será vuestro poder? En breve podrá decirse de vos con alguna proporción, como del adorable Redentor: *Omnia dedit ei Pater*

(1) *Cras etiam cum rege pransurus sum.* (Esth., V, 12).

(2) Ps., LXII, 2.

in manus. ¡Cuán poderosos seréis, cuando todo un Dios esté, en cierto modo, sujeto á vuestro imperio! ¡Cuántas cadenas podréis romper, qué de lágrimas enjugar, de cuántas desgracias podréis preservar, y cuántas almas podréis salvar cuando os sean abiertos todos los tesoros de la divina misericordia! Igualad vuestra confianza á la extensión de esos poderes y cuidado de hacer valer santamente para vos, para vuestros hermanos, para el mundo entero el crédito sin límites que os dará cerca de Dios la Hostia sin mancha que váis á ofrecerle.

2.º Pero ¿quién es aquél á quien váis á representar continuando su sacrificio? Penetraos de este pensamiento: voy á prestar mi voz, mis manos, mi ministerio al único y gran sacrificador Jesucristo. Voy á mostrarlo al mundo; porque en mí estará El hablando y operando los más estupendos prodigios: *Ubi Christus est, ibi quoque modestia* (1). Arreglad pues, de tal modo vuestro semblante, vuestro porte y movimientos, todo vuestro exterior, conforme á la gravedad y modestia del Hijo de Dios; de suerte que alegrando al Cielo por vuestras disposiciones interiores, edifique á los fieles lo que exteriormente se vea en vosotros. Esforzaos en ser tan puros, tan religiosos, tan dignos del Sacerdote divino cuyo lugar ocupáis, que Aquél que conoce aún las cosas más escondidas, pueda decir de vosotros mirándoos en el altar: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui* (2).

3.º Preguntaos luego á quién y por quién váis á ofrecer el sacrificio. Le ofreceréis al Dios infinitamente grande en su poder, tierno en su misericordia, severo en su justicia..... á un Dios que no podría ser honrado tanto como El merece si no tuviese á su Dios por adorador y víctima. Le ofreceréis en nombre de toda la Iglesia y por los mismos fines que se propuso Jesucristo al inmolarse sobre el Calvario. Que estas cuatro sublimes intenciones llenen vuestro

(1) Greg. Naz.

(2) Matth., III, 18.

espíritu y levanten vuestra alma.—Sacrificio de *holocausto*. Dios va á ser glorificado como Dios, honrado tanto como merece serlo; podréis decirle con toda seguridad: *Secundum nomen tuum, Deus, sic et laus tua* (1). Sacrificio de *acción de gracias*. ¿No es el más espléndido testimonio de nuestro reconocimiento hacia Dios, el ofrecerle el más excelente de todos sus dones? Ofrecerle á Jesucristo ¿no es darle acaso tanto como El nos dió? Sacrificio de *propiciación*. ¿Hay acaso pecados por numerosos y enormes que se supongan, que no puedan quedar expiados con una sola misa es decir con la contrición, con las lágrimas y la muerte de una víctima que es Dios? Sacrificio de *impetración*, ó sea de *súplica*. La Oración es ya muy poderosa por sí sola. Pero lo es mucho más cuando quien ruega con nosotros es un Dios, que hace orar por nosotros á la sangre y á las heridas de que está cubierto y al abismo de oprobios en que está sumido.

Finalmente para dar la última mano á vuestras preparaciones, contemplad al Salvador que se levanta de la cena: *Surgit a cæna*. Ya no se humilla sólo delante de su Padre, lleva su abatimiento hasta ponerse á los pies de sus discípulos: *cæpit lavare pedes discipulorum*. ¡Qué lección! ¡Qué modelo! Lección de pureza y de inocencia; ¿las tendremos alguna vez suficientemente para poder subir sin temor á ese altar de Dios que hace temblar á los santos? Modelo de humildad: ¡un Dios que se hace servidor de los hombres!... Modelo de caridad: ¡Jesús lavando los pies de sus apóstoles que van á abandonarle en breve, y aún de Judas!... Humillaos precisamente porque váis á ser elevados al puesto más honorífico: *Quanto magnus es, humiliat te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam* (2). Y preguntad á vuestro corazón si no tiene nada que perdonar.

¡Oh Dios mío; si yo me hubiera preparado siempre de esta manera antes de subir al altar, no tendría

(1) Ps. XLVII, 11.

(2) Eccli., III, 20

ocasión de turbarme con el recuerdo de tan gran número de sacrificios de que tendré que dar cuenta! Quiero, á partir de este día á lo menos, tratar con tanto respeto estos augustos misterios, que saque de ellos las gracias de la verdadera santificación; quiero comer en adelante el sagrado Pan, y beber el cáliz celestial con fe tan viva y profunda religiosidad, que sean realmente para mi alma el pan de vida que no se acaba nunca y el cáliz de eterna salvación: *Panem sanctum vitæ æternæ, et calicem salutis perpetuæ*.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Necesidad de la preparación para el divino Sacrificio*.—Entrar de repente en tan angelical celebración sin procurarse siquiera el tiempo de recoger el espíritu y purificar el corazón... ¿no es cometer una grave irreverencia y exponerse á un temible peligro? En los sagrados misterios nada hay para nuestros sentidos; si antes de comenzar su celebración yo no despierto en mí la fe que traspasa la nube, no tardaré en deshonrarlos por mi tibieza, y acaso no me preservaré de profanarlos.

PUNTO SEGUNDO.—*Manera de prepararse para el divino sacrificio*.—Toda la vida de Nuestro Señor fué una preparación constante para su sangrienta inmolación; toda la vida del Sacerdote debe ser una continua preparación para la inmolación del sacrificio incruento. ¡Hermoso modelo de preparación próxima en estas palabras de San Juan!: *Sciens Jesus quia omnia dedit ei Pater in manus, et quia a Deo exivit et ad eum vadit, surgit a cæna... et cæpit lavare pedes discipulorum*. Reflexionaré sobre la grandeza de los oficios que voy á desempeñar: todo me será puesto entre las manos: sobre la infinita dignidad de Aquél á quien voy á representar: voy á mostrar á Jesús al mundo. Cumpliré en el altar los mismos fines que El cumplió sobre la Cruz. El Salvador se humilla: lava los pies á sus discípulos, también á Judas... ¡Qué lección de pureza! ¡qué modelo de caridad.

MEDITACIÓN LXXXVI

La acción de gracias después de la Misa Su obligación

- I. Es un deber del más justo reconocimiento.
- II. Un deber cuyo fiel cumplimiento nos procura los más grandes bienes.
- III. Un deber cuya omisión encierra una irreverencia muy culpable.

PUNTO I

La acción de gracias después de la Misa es un deber del más justo reconocimiento

Dios se digna mostrarse sensible á nuestra gratitud y exige el tributo de ella. Las fiestas por El mismo establecidas en el Antiguo Testamento, y por su Iglesia en el Nuevo, deben casi todas su origen á algún insigne favor, cuya memoria quiso perpetuar: son como otros tantos reclamos al agradecimiento. Los judíos tenían su hostia pacífica ó sacrificio de acción de gracias; nosotros tenemos la misa, cuyo fin primario es el recordarnos los misterios de nuestra Redención: *Hoc facite in meam commemorationem*; es el sacrificio eucarístico por excelencia.

Nunca existió corazón más desinteresado que el del Salvador tocante á los favores que hacía, y con todo esto se quejaba y en términos conmovedores cuando sólo recibía ingratitud en cambio de sus beneficios. «He curado á diez leprosos: uno sólo me lo agradece; ¿en dónde están los otros nueve? (1). He hecho en medio de vosotros y por el amor que os tengo muchas buenas obras, ¿por cuál de ellas me apedreáis? (2).

(1) *Nonne decem mundati sunt? et novem ubi sunt?* (Luc. XVII, 17.)

(2) *Multa bona opera ostendi vobis.... propter quod eorum opus me lapidatis?* (Joan., X, 32.)

Dar gracias al Señor es obligación de justicia, como lo proclamamos antes de entrar en la gran acción del sacrificio. *Vere dignum et justum est... nos tibi semper et ubique gratias agere*. Pero si en todo tiempo y en todo lugar, nuestros corazones han de abrigar reconocimiento porque siempre y en todas partes nos prodiga Dios sus beneficios, ¿cuánto más, luego que acabamos de recibir un don que es nada menos que el mismo Dios?

Tres cosas pide la gratitud á un beneficio: el valor del beneficio en sí mismo, el amor que supone en aquél de quien se le recibe, la preferencia de que ha sido objeto al recibirlo. ¡Oh Sacerdotes! Cuando descendéis del altar ¿qué tesoro lleváis? *Audeo dicere, quod Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare nescivit; cum sit ditissimus, plus dare non habuit* (1). ¿Qué os falta cuando habéis recibido á Jesucristo y poseéis su Cuerpo, su Alma, su Divinidad, y cuando la más santa familiaridad os permite decirle lo que El decía á su Padre: Salvador mío, todo lo que es vuestro mío es también? (2). ¿No es para vos, la más consoladora verdad en este dichoso momento, la palabra que gustaba repetir San Francisco de Sales: *Quien tiene á Jesús lo tiene todo?* ¿Y no es el amor de Jesús á quien debéis este tesoro que contiene todos los demás? ¡Oh, Señor, nada teníais que ganar Vos en esta unión tan íntima con vuestra indigna criatura; al entregaros así os aconsejasteis tan sólo con vuestra infinita bondad! Pero hay más en esta caridad respecto de mí; hay una preferencia capaz de mover el corazón más insensible. Cuando yo pienso que á ninguno de los grandes santos del Antiguo Testamento le fué concedido el tocar lo que yo toco, el comer lo que yo como, y el hacer lo que hago yo; ni á Moisés, ni á Abraham, ni á Jeremías, ni siquiera á ese admirable Precursor de quien dijisteis: *Non surrexit major inter natos mulierum*; cuando

(1) S. Aug., Tract. 84, in Joan.

(2) Joan., XVII, 10.

pienso que por la infidelidad ó la herejía tantos pueblos están privados de la divina Comunión, y que aun entre los hijos de nuestra Iglesia, la Sagrada Mesa es de fácil acceso sólo para un pequeño número; cuando considero que yo soy uno de los privilegiados que participan de ella todos los días, y á quien el pan de los ángeles pertenece, hasta cierto punto como propio, puesto que de sus manos lo reciben los demás..., entonces me pregunto, ¡oh Dios mío, de qué vivo reconocimiento debería yo estar penetrado! *Benedic, anima mea, Domino.*

PUNTO II

La acción de gracias después de la Misa es un deber del cual podemos sacar inapreciables frutos

La presencia de Jesucristo en nosotros, las disposiciones de su corazón en favor nuestro, su acción, el estado de inmolación en el cual se presenta á su Padre; todo contribuye á hacer de los instantes que siguen á la celebración de la misa, el tiempo más precioso de nuestra vida.

Antes de la misa adoráis al Hijo de Dios en el Cielo y en el Tabernáculo; durante la misa le adoráis sobre el altar y en vuestras manos...; ahora ¿en dónde le adoráis? ¿En dónde está El? *In me manet, et ego in eo.* ¡Hermoso momento aquel en que podéis llevar vuestros labios al costado abierto de Jesucristo, y beber en abundancia de ese manantial de todas las gracias!.... ¿No le oís poner á vuestra disposición su omnipotencia y sus infinitas riquezas: *Quid tibi vis faciam?* El está en vos, y no en estado de inacción.

Muchos teólogos y muy graves convienen en que los actos de virtud practicados inmediatamente después de la Comunión tienen un mérito especial, por cuanto proceden de un alma substancialmente unida al Alma del Hijo de Dios. Todo cuanto hacéis entonces por el movimiento de su espíritu, lo hace con vosotros: si adoráis, adora El; y El da gracias, si dáis gracias vosotros... Vuestros actos identificados

con los suyos son, en cierto modo, teándricos como ellos, ó divinamente humanos. Nunca os miró Dios con tanta complacencia.

Porque ¿en qué estado contempla en vos á su Hijo? Le ve anonadado é inmolándose al mismo tiempo por vos y por su Iglesia. Mientras pasan los instantes, quizás sin que vos penséis en ello, los ángeles contemplan en vos inefables maravillas: por la alteración que sufren las especies de pan y vino, Jesús pierde insensiblemente en vos su ser sacramental; sobre vuestro corazón como sobre un altar vivo, se sacrifica actualmente á su Padre adorándole, agradeciéndole, rogándole por vos... ¿Qué podría rehusaros su Padre en tal momento si vos mismo no ponéis obstáculos á los designios de su amor?

PUNTO III

La acción de gracias después de la misa es un deber cuya omisión sería causa de una muy culpable irreverencia

El apóstol San Juan ha dicho del pérfido Judas: *Cum accepisset buccellam, exivit continuo.* ¡Cuánta es pues, la triste semejanza que se dan algunos Sacerdotes cuando, apenas retirados del altar, dejan precipitadamente los ornamentos sacerdotales, prestan oídos á quienquiera que les habla, á excepción sólo de Jesucristo que tiene tantas cosas que decirles y tanto bien que hacerles; y después de recitadas sin atención algunas fórmulas, llevan al adorable huésped al tráfago de los negocios ó de frívolas conversaciones, olvidado en su corazón como un muerto en su sepulcro!

¿En dónde está la fe? ¿Qué ceguedad en un Sacerdote! Antes de que hayáis recibido al Hijo de Dios, invitabais ya á todos los corazones para la acción de gracias: *Sursum corda.... Gratias agamus Domino Deo nostro....* ¡y faltáis á esta obligación precisamente cuando ella se hace para vosotros imperiosísimo deber!... Hace un instante apenas protestabais hasta

tres veces, con todas las señales de profunda convicción que no merecáis ser la morada de un Dios tan santo: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum*; y tan luego como se os da con una bondad que llena á la Iglesia de admiración, *O res mirabilis...* ¿no pensáis ya en El, nada tenéis que decirle, ni gracia alguna que pedirle!... ¿No teméis cambiar en cólera terrible el amor más generoso, cuando faltáis de un modo tan ofensivo á los miramientos que son debidos á la primera de todas las majestades?

Meditad lo que dijo San Juan Crisóstomo á este propósito: *Audiamus, et sacerdotes et subditi... Durum fortasse videbitur quod sum dicturus; sed necesse est tamen ut, ob plerorumque negligentiam, dicatur. Quando ultimæ cænæ communicavit Judas... cæteris omnibus recumbentibus, ipse se proripiens excessit; illum imitantur et isti qui ante gratiarum actionem discedunt.* Tratar así al Hijo de Dios, prosigue el Santo Doctor, *non mediocrem contemptum habet*; y algunas líneas después añade: *Quid est aliud, quam extremo supplicio sese obnoxium reddere?* (1)

Examinaos seriamente sobre esta obligación; ¿cómo la habéis cumplido hasta ahora? Si vuestra conciencia os reprocha alguna negligencia culpable en esta materia, pedid perdón á Jesucristo antes de celebrar hoy los santos misterios. Haced el buen propósito de consagrar siempre siquiera un cuarto de hora para la acción de gracias después de la misa, y desconfiad de los pretextos con que trata de cubrirse la tibieza, para abreviar un tiempo que ya es demasiado corto: *Nullum certe pietatis sensum habere convincitur, qui non libenter cum Deo manet. Nec valent pretextus negotiorum, vel studii, quibus se tepidi excusant; quod enim gravius et utilius negotium, quam de animæ salute cum Deo tractare? vel quid possunt docere libri, quod non Deus præsens melius doceat?* (2).

(1) Hom. de baptism. Christ.

(2) Bona., c. VI.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La acción de gracias después de la misa es un deber del más justo reconocimiento.* Dios gusta de nuestra gratitud. Jesús se queja cuando se falta á ella respecto de El: «He curado á diez leprosos, uno solo me lo agradece, ¿en dónde están los otros nueve?» Si debemos dar gracias al Señor en todo tiempo y en todo lugar, *semper et ubique*, ¿cuánto más al pie del altar, en el cual acabamos de ejercer tan glorioso ministerio y de recibir un don que excede á todos los dones! *Quien tiene á Jesús lo tiene todo.* Y ¿cómo, por qué motivo se me ha dado? ¿Santos admirables del Antiguo Testamento, vosotros no habéis comulgado nunca, y aun en la nueva ley ¿cuán pocas almas son tan favorecidas como yo á este respecto!

PUNTO SEGUNDO.—*Frutos inapreciables que podemos sacar de la acción de gracias después de la misa.* Jesucristo no está ya únicamente en el Cielo, en el Tabernáculo, sobre el altar; está en vuestro corazón, y no inactivo; con vos y por vos, adora, da gracias y ruega..... Si os unís á El, vuestros actos identificados con los suyos tendrán un valor infinito. Pero además de esto, ¿en qué estado ve Dios á su Hijo en vos? Vuestro corazón es un altar vivo, sobre el cual Jesús se sacrifica actualmente por la alteración que sufren las especies sacramentales..... ¿Puede rehusaros Dios alguna cosa en un momento como ese?

PUNTO TERCERO.—*La acción de gracias después de la misa es un deber que no puede ser omitido sin grave irreverencia.* Apenas hubo comulgado Judas cuando ya se retiró..... Salir de la iglesia sin dar gracias, ¿no es incurrir en horrible semejanza con el primer profanador de la sagrada mesa? Antes de la misa protestabais que nada era más justo que el dar gracias al Señor nuestro Dios: *Vere dignum est.....* ¿y ahora faltáis á este deber cuando es de más estricta obligación! Os confesabais indigno de recibir á Jesucristo: *Domine, non sum dignus*, ¿y cuando lo habéis recibido ya no pensáis en El! ¿Nada tenéis que decirle! ¿No teméis las consecuencias de tan ofensiva falta de miramientos?